

Minna Salami

Nacida en Finlandia de padre nigeriano y madre finlandesa. Elegida por la revista *ELLE*, de Malasia, como una de las «Doce Mujeres en Cambiar el Mundo». Es escritora, oradora y comentarista sobre feminismo, sociedad y cultura africana. Fundadora de *MsAfropolitan*, un blog de tendencia feminista y panafricano galardonado en varias ocasiones. Es miembro de la plataforma *The Guardian Africa Network* y del periódico británico *The Guardian*, colaboradora de *Al Jazeera* y el *Huffington Post*.

En 2014, ha sido valorada por *Applause Africa* como una de los «Cuarenta Africanos Promotores del Cambio Menores de Cuarenta Años» y una de las «cincuenta mujeres notables» por Nokia.

Minna es graduada en Estudios de Género en el School of Oriental and African Studies (SOAS) de la Universidad de Londres y Ciencias Políticas de la Universidad Lund, Suecia.

LO QUE PERDIMOS

La piel desnutrida de Funkwa se tornaba suave como la cáscara de un mango maduro. Era una cuestión de supervivencia; una de nosotras tenía que morir para que la otra sobreviviera. Con un débil estremecimiento su cuerpo se rindió ante nuestro estrangulador y sentí su último aliento sobre mi cuello. Yo estaba encadenada a su cadáver.

Después me sentí aliviada. Teníamos más espacio para respirar, aunque aún nos juntaban las cadenas. El alma atormentada de Funkwa nos rodeaba como un espíritu atrapado entre la tierra y el cielo.

Cuando los hombres blancos llegaron, pasaron unas cuantas noches regocijándose con Baba y Mama y el rey y la reina de nuestra aldea, bebiendo savia de hojas de palma y bailando al ritmo de los tambores. Al cuarto día, Baba me pidió que me uniese a los hombres blancos en su misión. Necesitaban gente joven para que ayudasen a desarrollar puntos comerciales que beneficiarían a nuestro pueblo. Habían acumulado grandes cantidades de oro robado de pueblos vecinos, que podríamos utilizar para dicha tarea. Cuando cuestioné cómo lo íbamos a hacer sin consultárselo a los antepasados, Baba me dijo que no me preocupara. Él y Mama realizarían el ritual después de nuestra partida. Los antepasados lo entenderían. Le comenté que me quedaría preocupada dejándolos solos, pero de nuevo me dijo que no me preocupase, que eran demasiado viejos para unirse a nosotros. Le pedí entonces que dejase que mi marido

Kori me acompañase, a lo que él accedió. «Sigue a los hombres blancos» –dijo– «y aprende de ellos».

En Badagry, la zona de la costa, aprendí que el oro no era para nuestros pueblos. Había tres grandes barcos anclados en la orilla y cientos, quizás miles, de aldeanos. Algunos rostros me eran familiares de pueblos vecinos. Los hombres blancos debatieron si era conveniente mezclarnos y finalmente decidieron que subiéramos a bordo, pueblo por pueblo. Mis vecinos y yo lo hicimos en el *The Brookes*¹³. Sabíamos que se dirigía a un lugar llamado América.

Éramos al menos quinientas personas dentro de una habitación del tamaño de la cabaña destinada a las oraciones en casa. A medida que los días pasaban, aprendí a respirar solamente por los labios. El calor abrasaba y el hedor a cadáveres humanos, orina y heces era insoportable. Estaba consternada. Rezaba en silencio para que los hombres blancos, al menos, abrieran la escotilla y entrara un poco de aire fresco. Finalmente lo hicieron y salimos en desbandada como las abejas de una colmena. Muchos de nosotros fuimos esposados a los cadáveres. Justo en cubierta vi a mi marido desde lejos. Sus mejillas redondas se habían transformado en sacos vacíos de piel donde flotaban los ojos, como trozos de madera sobre un río. Intentaba decir algo con la mirada. Antes de que pudiera descifrar su mensaje, el hombre al que estaba amarrado saltó al amaranto mar. La mujer, cuyo hermano había sido encadenado a Kori, gritó.

Nos rociaron con una mezcla de agua y cloro para desinfectar. Los oficiales nos advirtieron que no la bebiéramos. Tragué tanto como pude. Después, aquellos esclavos llevados a la rastra fueron desencadenados. Arrojaron los cadáveres al mar, mientras que al resto de nosotros se nos ordenó que permaneciéramos alineados. Probablemente quedábamos cuatrocientos. Nuestros hombres

13. Barco británico de esclavos del siglo XVIII. Los grabados que se publicaron en el 1788 representan las condiciones infrahumanas a bordo de él, convirtiéndose en una imagen icónica de la crueldad en la trata de esclavos. (*N. del T.*)

eran azotados si protestaban, mientras fueron devueltos deprisa al atracadero. A nosotras, las mujeres, se nos inspeccionó de pies a cabeza como ofrendas a los dioses.

Sabía que él me iba a escoger. Hija del dios de hierro, Osun, y Yemayá, diosa de los océanos, yo había sido la menos perjudicada hasta el momento. Se avecinaban tormentas y el *The Brookes* tuvo que hacer una pausa en su travesía. Nuestro capitán a cargo, el señor Nicholas Owen, quería compañía en el íterin.

Me sirvieron de comer algo que ellos llamaban patatas. Me gustaron, pero no tanto como el boniato. Me entregaron un vaso con agua que bebí ávidamente. Cuando el señor Owen se montó sobre mi cuerpo, me quedé en silencio. A pesar de que me escupió y me llamó salvaje, no pronuncié ni una sílaba.

Quizá fue mi indiferencia la que hizo que me mantuviese con él. Como el viaje resultaría más largo de lo esperado, prefirió una compañía de bajo perfil. Sin duda yo cumplía con ello, pero a veces me levantaba la voz para que reaccionara. Sin embargo el capitán prefería más la estimulación física que la verbal, de manera que me daba alimento para que estuviera carnosa. Su camarote era el más grande, con suficiente espacio para una cama, un sofá y un tocador. A menudo me sentaba en este último inhalando el aroma de perfumes y café, mientras me miraba en el espejo. Esto es lo que él ve, pensaba.

Durante las semanas siguientes, mientras nos encontrábamos camino hacia la costa de América del Norte, el señor Owen y yo mantuvimos una firme rutina. Por las mañanas me forzaba sexualmente. A veces, mi cuerpo reaccionaba. El desayuno era servido todos los días a la misma hora. Sabía que era así porque lo sentía en mi tripa. Él, en cambio, lo sabía al mirar un brazalete de oro que llevaba alrededor de la muñeca izquierda. Solo hablé con él una vez durante todo el viaje. Fue para preguntarle cómo podía saber la hora mirando esa pulsera. Quería saber si tenía poderes mágicos. Me habló de algo que llamó tecnología y me dijo también que nosotros, los africanos, éramos demasiado estúpidos para construir algo. Yo lo corregí, le dije que para

ellos el dinero tenía prioridad para adquirir tecnología y que nosotros no creíamos en un estilo de vida basado en el dinero. Que no era la ciencia sino el tiempo el que conformaba uno de los sentidos y que este no se podía comprar con dinero. Esta fue la única vez que el señor Owen y yo intercambiamos opiniones, y me sentí agradecida al haber aprendido otra forma de medir el tiempo. Por las tardes, a menudo me dejaba en la habitación con mis propios pensamientos. El tiempo pasaba rápido. A la noche cuando él regresaba de las cubiertas, normalmente se adueñaba otra vez de mí, mientras estaba dormida.

Al estar sola pensaba en los otros, me preguntaba quién habría sobrevivido. Sin embargo, la mayoría de mis pensamientos se centraban en la vida del pueblo. Recordaba mi ceremonia matrimonial. Fue el día que conocí a Kori. Los ancianos nos habían escogido el uno para el otro. Como hija del hierro, estaba destinada a convertirme en guerrera. En nuestras creencias, una mujer guerrera es una rareza y solo puede casarse con un discípulo. Kori era el hijo de Shango, dios del fuego y del trueno. Juntos aconsejaríamos y protegeríamos a nuestro reino. Ese día hubo truenos y relámpagos. Los dioses habían escuchado nuestras oraciones. Yo llevaba cuentas de colores, laboriosamente envueltas alrededor de las caderas y los hombros. La felicidad de mi marido se reflejaba en sus ojos. Yo también estaba contenta. Kori era corpulento y vestía gruesas cadenas de oro y coral. Permanecimos de pie en el centro de un anillo que había sido formado con piedras preciosas y las cenizas de los sacrificios de la noche anterior. Por el rabillo del ojo vi a mi hermana Funkwa, gritando de alegría.

La vida junto a Kori era todo lo que había deseado. Como en la mayoría de los pueblos africanos de la época, los hombres y las mujeres habitaban por separado. Yo vivía con mis tres abuelas, mis cinco madres y doce hermanas. Madre Aina era mi madre biológica, pero yo estaba más unida a madre Asha. Fue ella quien me habló de la choza junto al Álamo, el árbol de los antepasados, donde llevé a mi nuevo marido al séptimo día

de nuestra relación. La tradición consistía en dejar pasar siete días antes de la unión, de manera que el enlace fuese primero en el carácter. Entendí esa noche por qué los ancianos habían elegido a Kori para mí. Nos reímos tanto que las hojas se enojaron. Regresamos a casa al amanecer, antes de que los enormes animales salieran de su escondite.

Ya pasaron treinta y seis días desde que murió Kori. He estado contando los atardeceres y amaneceres. A veces, despierto riéndome. Esto sucede cuando estoy con Kori, en el mundo de los antepasados. Sin embargo, la mayoría de los días me despierto tiritando. Eso pasa cuando estoy con él, con el señor Owen. Sucede cuando puedo sentir su pútrido aliento rebasando la habitación mientras ronca.

Al caer la tarde del trigésimo séptimo día de la muerte de Kori, el señor Owen me dijo que me marchara. «¡Fuera!», gritó. Hemos llegado a destino. Sus hombres me arrancaron su bata. Me encadenaron las muñecas y los tobillos, y me arrastraron a la cubierta.

Apenas la mitad de mi familia sigue viva. Los que han quedado están demacrados y sufren de disentería. Toco el nudo que crece en mi garganta. Baba no descansará en paz.

Cuando me ven, siento una breve expresión de respeto en sus ojos. Conmigo allí se sienten seguros, tienen cierta protección divina. Me prometo que mientras esté viva, nunca nos olvidaremos de dónde venimos, o de los aprendizajes de la tierra que Dios nos pidió prestada. Abrazaremos las nuevas tierras y sus ancestros, y seguiremos aprendiendo, adquiriendo y cultivando la sabiduría

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Coedita:



Con la edición de esta Colección de Literatura, Casa África se marca como objetivo dar a conocer las voces de escritores africanos, tanto los considerados clásicos como los emergentes, y acercar al lector español e hispanohablante obras emblemáticas de las letras africanas.

Luis Padrón - Director general de Casa África

- © Las autoras (de los textos)
- © Federico Vivanco (de la selección, traducción y el prólogo)
- © Baile del Sol (para esta edición)

- © Leticia Jiménez (de la ilustración de cubierta)
- © Inma Luna y Lucas García Cañas (de las ilustraciones interiores)

Correctora de estilo Cristina Parada Fraga

Impreso por Reprográficas Malpe S.A.

D.L.: TF 717-2017
I.S.B.N: 978-84-16794-70-6

© Ediciones de Baile del Sol, 2017